

# **El impacto de la modernización en la educación superior. Tres entradas para una sola modernización**

Alfredo Gutiérrez Gómez

## **Primera entrada**

**E**spero no desentonar pero, yo soy un partidario de la Modernización, si me han de dispensar. La Modernización nos salvará de todo desastre futuro, nos salvará del pasado infausto y hasta de nosotros mismos, que somos el presente.

Tal y como lo vislumbro, el proceso de Modernización, ya cuando esté realizado nos ofrecerá logros como los siguientes:

•a) Se salvarán zonas inmensas de bosques y reservas vegetales de toda especie serán protegidas de los afanes excesivamente transformadores del hombre con el objeto de conservarlas y armonizarlas con sus respectivos sistemas ecológicos. Se sustraerán territorios a la explotación de especies zoológicas. Se protegerán recursos minerales en regiones sobre las que no podrá poner la mano empresa pública o particular alguna. Se purificará el ambiente y se renovarán las fuentes y veneros de los líquidos y las atmósferas que sirven a la existencia y reproducción de la vida en el planeta.

Se inducirá un ritmo de producción y aprovechamiento adecuados a los tiempos naturales y a los procesos humanos y tecnológicos que transforman sin agotar, contaminar o inutilizar los elementos que interactúan con nuestra especie. Se reducirá la intensidad y velocidad de los procesos, planes y proyectos de explotación y se desacelerará toda actividad que conduzca a la extenuación de la tierra por obra del productivismo obsesivo.

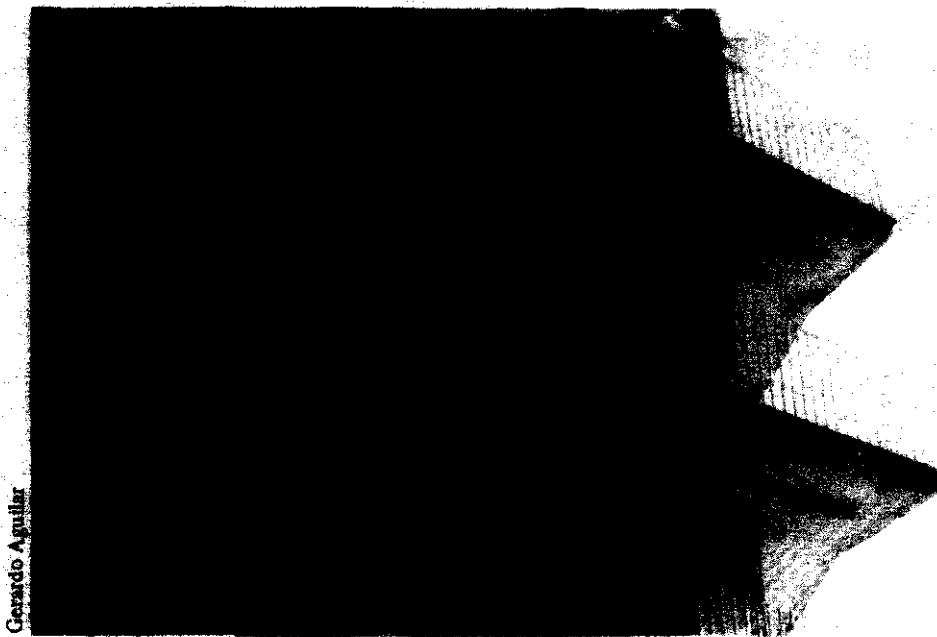
b) Se reacomodará la población siguiendo la dirección de los recursos para su mejor y más económico aprovechamiento. Se habitarán los

territorios con mejores condiciones para la vida y, a la satisfacción general de la sociedad en sus necesidades básicas acompañará un grado elevado y creciente de sana comodidad, servicios seguros y acceso a los bienes, ocios y diversiones que permitan —libertad incluida— acceder a los frutos y adelantos de la innovación científico tecnológica, misma que será puesta bajo control social en sus efectos, riesgos y beneficios dentro de un régimen de responsabilidad común sobre sus avances, usos y distribución.

c) Se tomarán decisiones no centralizadas para orientar en cuanto a la calidad y cantidad de la satisfacción, tomando en cuenta la di-

ferenciación de las sociedades, el plural de las culturas y aspiraciones frente a una multiplicidad de alternativas sociales y tecnológicas, no excluyentes, abiertas y complementarias, con las que se compondrá un Horizonte de horizontes, un panorama de opciones distintas dejando muy atrás el mundo de “una sola propuesta”, vía de desarrollo o proyecto unicéntrico.

d) La investigación servirá primero a la obtención del alimento, la casa, el vestido y la salud general. Luego a la satisfacción diferencial para todos con la participación de las sociedades diversas, diseñando alternativas de distribución compensatoria donde todavía no sea posible



Gerardo Aguilar

evitar las desproporciones, para evitar la extrema concentración y la desposesión mayoritaria. Servirá también para la protección y defensa de las sociedades débiles ante la invasión de la chatarra y los desechos altamente nocivos originados en los países antes llamados avanzados y para reconocer los valores propios y las posibilidades reales de los pueblos en su historia y en sus formas de vida.

e) La educación abrirá todas sus puertas en distintos niveles y dimensiones, formales e informales, completándose e intersectándose ciclos abiertos de conocimiento y creatividad para todos los años de la vida humana, sirviendo ya a la trama compleja de los intereses materiales, ya a los ideales e imaginarios de la sociedad o a las necesidades diversas de sus grupos mayoritarios y de sus minorías. Favorecerá su propia capacidad autogestiva a la vez que facilitará la gestión externa para los fines que ésta resulte adecuada. Servirá por igual a los valores de la producción como a los del descanso, la diversión, la contemplación, el servicio a la comunidad y el espacio de la vida íntima. La educación servirá a un mundo policéntrico y nos ofrecerá un horizonte plural de proyectos, de ofertas de futuro para su crítica, su experimentación y divulgación. No reducirá el tiempo porvenir a un solo tiempo.

La educación seleccionará a su elemento humano, pero no sin antes promoverlo y estimularlo universalmente; permitirá al mismo personal auto-seleccionarse y distribuirse dentro de un amplio campo de opciones igualmente valoradas y apoyadas y estará en favor del resto de la población sin desestimar definitivamente oportunidades de rein-

serción a ningún ser humano. La educación redistribuirá lo que no haya sido posible distribuir en el plano económico y compensará la polarización social reclamando y mereciendo la mayor participación presupuestal para asegurar las condiciones óptimas para la creación de una historia diferente de la sociedad así servida.

La educación no seguirá, como buey de un solo surco, a un solo proyecto tecnológico ni a un solo modelo productivo; no volverá a recorrer, como mula de noria, el círculo de la dependencia puntual diseñado por los vendedores de paraísos, dudará de la "ruta única" y de los desfiladeros deslumbrantes. Y tantas y tantas cosas más que podría seguir agregando si no se me estuviera ya ubicando en la peor de las locuras por no tener nada de esto que ver con *la modernización*. A lo cual respondería yo que sí, que esta es *otra modernización*, con iguales derechos que cualquier otra porque es un avance sobre las situaciones anteriores, es un conjunto de soluciones. Es la modernización sin mayúsculas que una buena parte de la población desea; es una forma de mejorar así, de este modo, de satisfacer así sus necesidades y dar cumplimiento así a sus visiones. Y nos extrañaremos de tan extrañas reacciones de nuestras costumbres mentales preguntándonos, además, por qué esta forma de modernización que no es la de *la modernización única*, es, sin embargo, modernización también.

Y a mí me intrigará saber quién fue el desgraciado que nos cerró las entendederas de tal forma, quién nos recortó tan brutalmente la libertad intelectual, los vuelos de la imaginación y la soberanía del juicio que ya no podemos concebir o aceptar otras alternativas. Que esta otra modernización incluye todos estos valores y la posibilidad de dar satisfacción a las carencias. Que implica la mejoría

---

en todo lo que nos aqueja, reduce, duele o enajena, sin ser perfecta, sin ser única ni confundirse con el final de los tiempos es algo de lo que esto convencido. Porque también estoy convencido de que esta es la hora, también muy moderna, de discutir futuros, de compararlos, de ponerlos a competir; hora de pensar antes que de aceptar, aunque nos duelan las circunvoluciones cerebrales. Hora de seleccionar y combinar creativamente en vez de recibir fatalidades en paquete, cuentas de vidrio y espejitos.

### Segunda entrada

Si la modernización se traduce válidamente, en la educación superior, como un modelo que ahorra esfuerzos, recursos y tiempo, a la vez que garantiza o busca mayor seguridad, oportunidad y funcionalidad en el producto; y si para todo esto aumenta sus normas de calidad, selecciona más estrictamente sus materias primas (humanas) y estrecha sus filtros y controles, la modernización consiste entonces, en afinar y precisar al máximo la relación medios-fines, siguiendo la mecánica abstracta de un ideal pedagógico progresista (de los que hasta ayer así se llamaban) según la razón más afamada de la cultura.

Si alguien supone que existe un modelo contrario, éste deberá perseguir que los esfuerzos, recursos y tiempos aumenten, dilapidándose. Buscará la mayor incertidumbre, inoportunidad e infuncionalidad posibles como características terminales de su producción, para lo cual dejará sin control ni requisitos el proceso, privándolo de cualquier criterio de calidad. Igualmente dejará entrar en él cualquier materia prima humana desinteresándose en suma de la relación medios-fines, por lo que esco-

gerá los instrumentos menos adecuados para conseguir sus propósitos dentro de una idea pedagógica regresiva, según la contra-razón menos reconocida de la cultura.

Para la lucha política son útiles estos esquemas a fin de construirnos un contrario lo suficientemente vulnerable para que nuestros dardos no vuelen en vano. Pero aquí no me ocuparé de estos abstractos antisociológicos por la sencilla razón de que sendas ideas no existen así y que los modelos que encarnan no se dan al vacío, sino que en su forma de realización social, puesto que no hay de otra, se dan en grados de mixtura y composición propios de cualquier cosa realizable en la práctica. Y estos combinados son los "realmente existentes".

En todo caso, la modernización es un nuevo horizonte del que todo mundo está obligado a hablar. Diré algo a mi modo.

No es la primera vez que en la cultura occidental se propone un horizonte a realizar y el correspondiente movimiento que conducirá idealmente a su conquista. Aunque la relación no sea muy directa, a veces pienso que desde que se anunció que muchos serían los llamados y pocos los escogidos, el occidente laico ha venido inventando múltiples convocatorias-terrenales para conseguir algo de lo cual sólo algunos han podido disfrutar.

Los reyes amaron aparente o realmente a sus pueblos tanto o más de lo que por sus pueblos se preocuparon dictadores varios, presidentes constitucionales y paternos tiranos. Todos más o menos en los dichos y en los hechos. Pero de sus amores y beneficios sólo algunos privilegiados tomaron provecho ya en la mesa de aquellos señores, ya en las oficinas de estos burócratas. La aspiración a aquellos favores, confianzas y recompensas sirvió siempre para mover a una cantidad de individuos

que siempre excedió, con mucho, a los que realmente alcanzaron sus beneficios.

En la política, tan importante como privilegiar a algunos ha sido ilusionar a todos (o al mayor número) y una cosa no parece tener sentido práctico sin la otra. Esto es lo que mueve a algunas de las ruedas de la historia.

Las Declaraciones de Derechos de los Ciudadanos, de las garantías individuales y sociales, la promulgación de Cartas Magnas y otras promesas como horizontes espectaculares y destinos definitivos, han lanzado en su seguimiento a millones de seres humanos que se movilizaron para adquirirlos o para exigir que se les reconocieran, para obtener su respeto o exigir su cumplimiento. La precipitación de tales energías históricas no siempre está en proporción con los magros resultados, aunque es indispensable que se quemó medio mundo en su conquista.

Millones de seres humanos no han visto jamás ese respeto de derechos cumplirse en su propia carne, se extrañarían de su puntual observancia, no han disfrutado de su reconocimiento o se han visto impedidos en su ejercicio, y esto sin tomar en cuenta a aquellos que habiéndolos ganado, nada significativo han logrado con ello.

Sin embargo, no hay que ser derrotistas: Algunos los disfrutaron a plenitud y con seguridad y buena salud. O los hacen valer y sonar en su favor.

Bien, pues tan importante como reconocerlos y asegurarlos para algunos ha sido el promulgarlos para *todos*.

La democracia ha sido un largo camino, un horizonte perfecto que lleva desde las sofisticadas teorizaciones inagotables al entendimiento menos alegre de sus dificultades prácticas. Pocos señuelos tan bien dotados de promesas.

Sería ingrato no reconocer que algunos han logrado hacer valer su voz y su voto en las eventualidades de la historia, tanto como disimular el hecho de que forman legiones los que se han quedado a la puerta de la participación, que todo lo resolvería. Por multitudes han sido excluidos luego de ser convencidos de sus maravillosas virtudes y posibilidades, y de haberlos lanzado en su búsqueda.

Tan importante como permitir la participación efectiva de algunos, ha sido la marginación de los más.

La universalidad de la cultura y la enseñanza, como democracia educativa, planteó la promesa del acceso igualitario de todos a los bienes más altos del espíritu y de la civilización en todos sus niveles. Convenció hasta a los más reacios en irse a luchar por ella y, tan pronto como logró permear masivamente con el ideal de la escolarización universal, como medio para el ascenso y el reconocimiento social, profesional, la puerta enorme se estrechó y el ingreso al paraíso de la titulación dejó afuera a todos los recientemente convertidos a sus bondades.

Tan importante como prometer a todos esa calidad intelectual, ha sido el discriminar, excluir y desinvitar a la masa ilusionada con tan poderoso estímulo movilizador.

Parece una fatalidad el que todo proyecto grandioso, todo horizonte movilizador se tenga que alimentar y realizar con la inscripción de pocos beneficiarios y la puesta a fuerza de tantos crédulos colaboradores.

Al final de la ruta que conduce a tantos horizontes ideales hay un letrado que dice: "Sí, pero no tantos", otro letrado lo acompaña y reza: "Y ustedes qué dijeron, ya, pues no" y un tercer letrado más popular que anuncia: "Felipe fue desgra-

ciado". El mundo de los progresos prometidos a todos está abundantemente poblado de "Felipes".

Sostengo la trémula hipótesis de que, sin la promesa universal de tan seductores horizontes el movimiento social nunca hubiera sido del suficiente volumen e intensidad como para lograr dar satisfacción a esos cuantos ganones; con menos participantes obnubilados no hubieran sido lo redituables que fueron para esos pocos.

Aunque usted no lo crea, parece que para hacer rendir más a una sociedad hay que movilizarla mayoritariamente, extraerle algo más que todas sus energías, esperanzas y sueños, incrementar al máximo sus motivaciones, sobreactivarla hasta el extremo, mantenerla en la más imparpadeante vigilia, ilusionarla casi hasta el punto de la locura con el objeto de que dé más de lo que normalmente daría para mantenerse como está, o para mejorar menos espectacularmente.

La cultura occidental se distingue de otras, entre otras cosas, poderes y maravillas, por haberse especializado en ofrecer periódica y sucesivamente horizontes históricos seductores, gratificadores, mayores y mejores.

La cultura del cambio, entre inducido y forzado, pero siempre acelerado, no se mueve un centímetro sin la cultura de la ilusión terrena, del paraíso inmediato, del futuro accesible y universal que ya casi se puede tocar alargando el brazo. Si se ha dado algo productivo en este tipo de historia, eso ha sido la tecnología de revolucionar historias para alcanzar bienes y satisfacciones en cantidades crecientes y para más gente. Tal es la promesa.

En ese ilusionismo productivo han jugado inigualable papel los intelectuales de todas las épocas, mismos que, bajo los más disímbolos ropajes, se

han desempeñado como profetas y promotores desinteresados de ese futuro en el que no por casualidad aparecen después vestidos como líderes y guías, montados sobre el horizonte logrado.

Lo más asombroso no es el hecho de que el acceso final a estas metas se cumpla siempre diferencial y discriminadoramente, sino que en este preciso resultado, en este modo de resultar históricamente realizado, se guarda la misteriosa clave de su ración social de *todos* en beneficio de *pocos*, su inagotable potencialidad productiva de nuevas sociedades o sistemas controlados por otros.

La oferta teórica de igualdad ha sido en Occidente tan fructífera como lo ha sido la desigualdad efectivamente alcanzada. Por todo esto es que se confirma que la cultura occidental es la única cultura especializada en hacer del ser humano un medio de producción —y no sólo en la fábrica y en la producción material—, y en hacerlo masiva y organizadamente, constituyendo ésta una de las razones maestras de la suprema Razón de Occidente, misma que ha entrado en quiebra, entre otras razones —que por fortuna existen—, por la razón juvenil, estudiantil mundial de 1968.

El superproductivismo urbano-industrial-estandarizador-burocrático y monotecnológico ha constituido todo un horizonte: *la modernización*, sólo que el cumplimiento histórico de este proyecto, en la medida en que para nosotros se ha cumplido, ha sido suficiente para comprobar su cauda de desgracias y riesgos para la especie, males que no alcanzan a ser compensados por la riqueza y beneficios que ha generado.

Es por esto que podemos afirmar que sí hay algo nuevo en estos recientes descreimientos en los horizontes paradisiacos y en la salida salvífica solitaria, en las historias monofásicas y los modelos

autoritarios. Es necesario hacer un alto antes de vernos lanzados otra vez a la conquista del próximo futuro.

Esto es así porque la linealidad del progreso, la unicidad y la valencia de una única razón, la fidelidad ciega a la cultura de la cientificidad y la tecnologización incontrolada y autosuficiente, junto con la lógica exacta del cálculo entre medios y fines dentro de las formas de organización que conducen todo esto como la Gran Máquina, exigen, de ahora en adelante, la discusión, el replanteamiento crítico, la ventilación pública de la última oferta de futuro.

Venimos de múltiples y diferentes historias en el pasado. Muchas fueron las historias. En adelante iremos hacia un futuro diferencial, no monofásico; hacia muchos futuros alternativos y complementarios. La modernización no existe más, mas que en la cabeza de algunos obsesivos prometedores de tierras idílicas. Existen *las modernizaciones*, las diversas opciones de mejoramiento, de modernización o como se quieran llamar.

Los procesos de socialización altamente formalizados y especializados forman parte de este modelo cultural que induce horizontes y velocidad a la historia de las sociedades que gobierna. La organización institucional del proceso socializador, la educación escolar y la universidad le son imprescindibles. O lo eran hasta hoy.

La superparticularización del conocimiento y la multiplicación de las disciplinas constituyen su vehículo ideal y su instrumento intelectual operativo, los árboles para ocultar el bosque.

Así, en esta cultura, la educación siempre carga con alguna dotación o componente ideológico aparte de aquél que se puede reconocer como segregado de la clase social, y se expresa en el senti-

do de proponer un futuro sobre la ausencia de su anuncio, y más bien, de preferir un futuro como el único posible, presentando un horizonte como propuesta para todos, de prometerlo con especial gala y énfasis, con poder y coerción suficiente, con seducción capaz de encaminar hacia él casi a ciegas.



Gerardo Aguilar

En este trayecto se monta sobre una inercia, más que seleccionar entre opciones.

Esta tradición está, parece ser, entrando en quiebra. Pero esto no es como por ahí dicen algunos, porque ya no hay futuro a la vista, porque el futuro ya no exista y nos hayamos quedado sólo con el presente inmediato. Lo que pasa es que hay muchos ahora y eso es lo que no aguantan las mentes lineales de los organizadores profesionales de la historia. Múltiples futuros se tornan mutuamente competitivos y convocadores ante las experiencias cada vez más desilusionantes de "el modelo único" y "el proyecto absoluto".

La modernización sería uno de esos horizontes "necesarios" y fácilmente prometidos por su abstracción; señuelo ideal por su generalidad e indefinición novedosa, además de por la fuerza de su imposición. La presencia de este recurso movilizador en la sociedad, llevado ahora a la educación, introducirá en ésta las mismas tensiones y divisiones que la sociedad experimenta.

Discutir la modernización ahora, es criticar su univocidad arbitraria y triunfalista, su pertinencia; exigir su definición, contrastar sus posibilidades, examinar sus costos no sólo económicos, sino sociales, culturales, políticos, obligar a su comparación y evaluación y aceptarla como una alternativa entre otras, orillándola a competir para informar los mundos diferentes en que desembocará la historia presente. Es negarla como única salida.

Así como en el arte —dice Octavio Paz— la vanguardia desapareció, en la política, la economía y la educación también está en extinción. Sólo que lo que desaparece no son los avances, las puntas que sobresalen y se adelantan, sino "el singular" monorracional y monotónico, excluyente y absolutista.

Por el contrario, creo que hay muchas vanguardias en puerta, con iguales derechos y razones, y que no necesariamente el cuestionar a la vanguardia imperialista omnisapiente, en su linealidad monotécnica, significa la propuesta de retrocesos o estancamientos, ni de invitar al salvajismo o a la protohistoria a nadie, mucho menos a los que nunca salieron de allí por muy vestidas de sedas modernas que nos presenten sus monas antiguas.

No se pueden desconocer, a título de acabar pronto, las opciones críticas fuertemente socio-políticas o las alternativas ecológicas, las de composición tecnológica plural o aquellas en las que se da una combinatoria de técnicas ponderadas, las de contenido pluriétnico o multicultural como visiones que plantean superaciones del presente, salidas y satisfactores dentro del orden de otros conceptos y tiempos, ritmos, recursos y objetivos jerarquizados de acuerdo con valores no monopolíticos.

Las circunstancias poco halagüeñas y las experiencias menos felices nos han hecho entrar en el tiempo urgente de la crítica de las tecnologías. Crítica de los modos de hacer y deshacer, de las normas de operación, del universo de los puros instructivos, de las rutas fatales, de las interfases hombre-máquina, de los instrumentos para realizar lo que se quiere. Esta es una edad amargamente experta en desgracias ocasionadas por el festinamiento apresurado de lo que creíamos conocer ignorando nuestras propias ignorancias. Es una edad alerta contra el cualquierismo de los medios y la indiferencia frente a los objetos supuestamente neutrales; en ella hemos de mantenernos despiertos ante la innovación indiscriminada que bajo el secretismo privado u oficial pone en riesgo la vida del planeta y la salud mental de sus moradores. En esta



edad la investigación nos concierne a todos, lo mismo que la vigilancia ante la imposición de mecánicas de desarrollo o porvenires automáticamente perfectos e "imprescindibles".

La venta de reconversiones y las gangas de reinserción al mercado mundial, la temporada de ofertas que nos urgen a tomar decisiones antes de que se agoten las nuevas tecnologías, sólo requieren que en cada país haya un grupo bien provisto de poderes suficientes y mentes simples para proceder al negocio de redependizar zonas y resateliar traspatios y vecindades. Y si a este destino magnífico se le llama modernización, no veo por qué a los otros se les deba llamar menos.

¿Qué significa para la educación esta problemática? Que en todo el sistema educativo y en la educación superior, con más ganas, están por librarse las mismas batallas que en la sociedad se libran.

Que se acabó el coro uniforme, la promoción desbocada de la única moda. Que la lección sin sobresaltos de los posgrados tiene por fin competencia, que se extinguen el "mono teórico" y el "mono técnico" en posmoderno abrazo, que no es fundirse en la nada, sino en un frente plural contra "la cargada".

Significa también que la crítica heterogénea, la comparación de proyectos referidos a contextos y posibilidades concretos, la prueba de la competencia social de cada propuesta y la obligación de las discusiones abiertas antes de los hechos consumados reclaman sus derechos, y que no se está más dispuesto a aceptar que las minorías sabihondas decidan por todos así en la ciencia y la educación como en la política, que inventó la "consulta popular" como una "mera escala técnica" para legitimar decisiones previamente tomadas y amarradas.

Así, si un tipo de modernización consiste en

vincular la educación al aparato productivo, como el buey a un solo surco, no me explico por qué no hemos de vincularnos con igual entusiasmo a otros sectores y sociedades como ésta, que es la mayor: la de los consumidores, y la del gran mundo de las manifestaciones culturales y artísticas, las del ocio, la recreación, las intelectuales y políticas. Las múltiples sociedades efectivamente existentes, las que se califican de mayorías y las muchas minorías activas y por activarse, en las que se expresa y reproduce la gran diversidad social, que es la que nos consta.

Si un tipo afamado de modernización conlleva entre sus virtudes menos disimuladas la del desempleo creciente, no veo por qué no hemos de explorar procesos de menor espectacularidad tecnológica o de menor velocidad de cambio y obsolescencia, capaces de incorporar a un mayor número de ciudadanos a un destino de menor violencia económica y a condiciones de criminalidad no obligatoria. O qué debemos morirnos modernamente de hambre por miedo al ¿qué dirán? de los industrializados. . .

Si un tipo de modernización impone para todos un mismo horizonte movilizador o una misma ilusión motivadora, no veo por qué la ilusión no pueda ser diversificada y por qué no podamos escoger horizontes no estandarizados de aspiraciones y necesidades, con modos, formas, estilos y sentidos heterogéneos, sobre todo, si el desarrollo histórico no ha sido precisamente parejo, esto es, si al voltear al pasado lo que vemos es diferenciación espontánea mezclada con desigualdades forzadas.

Si un tipo de modernización ejemplar, como se presenta la de los países originalmente industrializados, supone un volumen de recursos propios y otro aún mayor de recursos a su disposición por

conquista o sojuzgamiento económico —sean estos recursos humanos o materiales—, no se ve por qué, con recursos muy distintos en cantidad, calidad, y sin áreas de dominación y extracción disponibles, vamos a imaginarnos con una historia ajena, extraña, casándonos con la “imposibilidad histórica”, soñándonos como potencias mundiales medias o completas y pretendiendo para nosotros un futuro equivalente al de los grandes.

Y no se ve por qué diferencias tan fundamentales no habrían de autorizarnos la prueba de otros tipos de modernización que no signifiquen menos-cabo, ficción o frustración, sino otras formas de satisfacción.

En la Filosofía, en las actividades y ciencias de lo humano individual y social se formuló muy temprano la crítica a la consigna de que “el fin justifica los medios”. En las otras disciplinas científicas se pensaba ingenuamente que allí, en sus terrenos, estaba autorizado “el cualquierismo de los medios” porque en ellas se producía puro conocimiento, pura neutralidad inofensiva, puro bien angelical. Se demoró mucho el prestigiado conocimiento naturalista en descubrir su servidumbre humana.

Hoy también en estas ciencias, y con gran alarma mundial: El fin no justifica cualquier medio, la necesidad no se satisface con cualquier satisfactor, la ciencia o el plan de desarrollo no justifican cualquier tecnología: El progreso no justifica cualquier imposición.

La historia de múltiples desgracias y realizaciones ha logrado emparejar democráticamente, en la conciencia de fines de siglo, a ambos conjuntos científicos y hoy están para marchar interactuando y no marchar más en contra de la especie.

En las instituciones de educación superior exis-

te ya planeado el dilema entre el verticalismo extremo y la mayor tecnoburocratización por un lado, o la creciente participación y discusión de alternativas junto con una mayor interacción horizontal, por el otro.

Las universidades privadas comprometidas con una definición humanista, no están al margen de esta problemática. La línea de confrontación exhibe síntomas como los siguientes:

- a) Desequilibrio creciente entre las áreas científicas privilegiando el espacio tecnológico y el de las ingenierías, en detrimento de las ciencias básicas, y la correspondiente tolerancia e indiferencia por las actividades y disciplinas del área humano-social.
- b) Burocratización acelerada del funcionamiento universitario, incremento del verticalismo decisorio y de la planeación cerrada de los expertos en detrimento de la universidad académica y de la vida y los valores intelectuales, artísticos y sociales.
- c) Predominio de los aspectos contables y empresariales, y vinculación generalmente acrítica, exclusiva y prioritaria con los sectores productivos y sus expectativas.
- d) Retraso en la agenda de las preocupaciones intelectuales, en la estructuración interdisciplinaria de nuevas formas de conocimiento, junto al aplazamiento indefinido de la crítica científico-tecnológica de fines del siglo XX.
- e) Despolitización y superprofesionalización de la inteligencia. Reduccionismo pragmático y expresión cultural cada vez más simbólica y “espectacular”.

La conclusión de esta entrada es que no hay

una sola modernización y que, las que queremos, van a resultar no de los economistas solos, ni de los contadores aislados, ni de los abogados dejados a sus propios recursos, ni de los psicólogos o los sociólogos armados con sus exclusivas visiones, ni de los ingenieros y técnicos a merced de una autoevaluación autosuficiente, sino, más bien, van a resultar de un espíritu universitario abierto recobrado en su propio tiempo autónomo y libre, no pactado ni comprometido por el discurso ininteligible, tiempo para la reflexión y la crítica, que no surgirá de un ánimo monopolizador, lineal, etnocéntrico e imperialista, así venga de un grupo económico, burocrático, político, religioso, científico o profesional.

### Tercera entrada

El proceso de modernización educativa equivale al ingreso al realismo educativo, pariente inmediato del realismo económico, de la reconversión industrial, de la apertura comercial, de la redefinición de las relaciones de "interdependencia" internacional, de la época de las concertaciones cupulares, de la supertecnocratización mundial y de la planetización de los medios de información y control. ¡Magnífica familia!

Sólo de un acontecimiento no es pariente y es: El de la sorpresa política que acabamos de experimentar el 6 de julio, cuyo resultado, para la óptica de un buen modernizador verticalista, constituye una regresión a la premodernidad política, al artesanado democrático y a los modales populacheros, consentidores y subsidiadores, situación ésta que no se puede tolerar en la refinada mesa de la crema y nata de la computabilidad posgraduada en la que cada quien se debe lo que tiene o no tiene a sí mis-

mo, porque lo demás no es más que ebriedad social y holganza de clase.

Si desea usted olvidarse de esto último, pero no descuide la humilde hipótesis de que ahora de lo que se trata es de entrarle al "realismo educativo".

¿Por qué la modernización educativa es equivalente a la modernización económica?

Recordarán ustedes que la economía calificada de ficción se sostenía en el uso y abuso muy desorganizado de los recursos, en detrimento de la productividad y la competitividad, así como en mantener accesibles para una gran cantidad de mexicanos una masa mal cobrada de productos abaratados mediante subvenciones altamente onerosas. Consistía también en darle ocupación a una creciente mano de obra que no podía ser absorbida por la planta industrial, disminuyendo y/o disimulando el desempleo, y que, siendo muchas otras cosas, nos mantenía en una dimensión en parte real y en parte ilusoria de poder acceder, tarde que temprano, aunque en distinto grado, a los bienes y satisfactores que, de no ser por el ficcionismo económico no alcanzaríamos ni en la más ingenua fantasía, y que, por todo esto, constituía un modo de producción —real e imaginario— muy costoso y se prestaba a mil corrupciones e ineficiencias.

Bien, pues por fortuna todo eso ya se acabó y ahora más millones de mexicanos realistas no tienen empleo, servicios, satisfactores ni futuros, tampoco esperanzas y menos ilusiones y fantasías, ingredientes que cualquier hijo de vecina sabe que son muy importantes en el sistema económico, político, social o de lo que sea.

La ilusión y la práctica premodernas de participar o sentir que se participa, así como de obtener algo de todo aquello, se ha clausurado. Ahora todo se gasta, gracias a la mecánica monetaria del Diablo,

---

en pagar deudas externas hiperrealistas que algunos pactaron para hacérselas pagar a todos, rasgo éste último que parece ser el primero en la definición de toda posible modernización.

Así fue como se limpió la economía y se saneó todo lo que la rodeaba; desde entonces los huesos de los mexicanos brillan limpios y pulidos, como filos de puñal. Tal es uno de los costos socipolíticos de las concepciones económicas mecánicas, que pagan en miseria ajena lo que ganan en precisión despiadada de algunos.

Bien "pues en la educación sonó también, ¡faltaba más!, la hora del realismo", que es una hora perfectamente calculada y coherente con la ruta crí-

tica de la modernización general. Y así en la educación como en la economía ya nos resultó populista lo que apenas ayer era bandera nacional, legítima aspiración de los jóvenes, derecho constitucional, conquista histórica y hasta motivo de orgullo internacional y, en vez de escandalizarnos de una de las más grandes traiciones de los gobiernos emanados de la revolución: el fracaso del sistema educativo nacional, nos preguntamos cómo es que se han venido abatiendo los niveles académicos en la universidad.

Pero ¿qué es lo que tan reciente y "oportuna-mente" descubrimos que era pura demagogia populachera, incompatible con la decencia eficientista?: la educación universal, una de esas promesas movi-



lizadoras que rendiría frutos profesionales luego del tránsito por la universidad.

Costaba mucho, en efecto, el andar consintiendo y —con los dineros de todos— a tanto jovenazo —de los mismos todos— con la esperanza de verlo llegar a los grados más altos de la educación superior, ya que en otras escalas menos espirituales estaba más difícil prometer el ascenso. Tenía sus costos andar subvencionando generaciones enteras para que no se fueran por la senda equivocada de la venganza privada, la justicia callejera o la delincuencia refleja —la que orilla a otro a delinquir.

Esa estrategia requería de presupuestos y de repartidores muy flexibles y canales poco confiables, a pesar de sus malversaciones servía, sin embargo, para algo que ahora muchos parece que hemos olvidado.

Bien, pero eso se acabó. Se acabó el discurso universalista con el que, dicen las malas lenguas, llegó la burguesía a la historia y al poder, misma que ahora, fastidiada de escuchar las exigencias y pretensiones de quienes se creyeron de su mensaje igualitario, lo ha clausurado y desautorizado dejando a medio mundo en la cola de la tan alabada participación y de los tan mentados beneficios.

Muchos con sus trastos de la leche o con sus bolsas de plástico para el pan y las tortillas, viendo a ver qué caía por ahí del Estado Benefactor y sus burocracias, en esas andaban cuando la economía se les volvió realista.

Otros, miles de jóvenes, millones, se quedaron en la fila con su medioalfabetismo primario, con su cuaderno y su lápiz, con sus tenis y su ilusión de empleo, casa, familia, historia tranquila hasta con hijos y título, como los de antes, pero luego la educación se nos empezó a volver realista y empezó a llevárselos a todos “la modernizada”.

Se quedaron de pronto sin educación y sin futuro, pero también sin ilusión y sin sueños, ingredientes muy importantes de cualquier sistema social que se precie de seguir siéndolo.

Ahora son puro presente realista y vigilan. Asaltan, no duermen, no creen. La educación también se limpió o en esas anda, y la inteligencia y la astucia sobreviviente de millones de desamparados se limpian y se pulen brillando como fiel de balanza, como espina justiciera, como derecho a la vida.

Las cosas se han planteado nuevamente mal, como para no resolverse. Así se ha dicho. ¿Blanco o negro?

En la economía: ¿Despilfarro, corrupción e ineficiencia? o ¿productividad, disciplina y buena administración?

En la educación: ¿Ignorancia, masificación e irresponsabilidad? o ¿selectividad meritatoria, sabiduría y producción?

Es así como se definen dos imposibles para no dar lugar a las posibilidades efectivas de la realización. Dividir y oponer así las fuerzas y las intenciones ha sido la desviación ideal para no tocar la cuestión de fondo que descompone la economía y la educación.

El ahora tan satanizado “populismo” encerró siempre dos órdenes de razones. Condenado por las “razones malas”, no aparece todavía a la vista el sustituto de sus buenas razones.

En países como el nuestro el sistema económico produce aberraciones distributivas y polarizaciones sociales de la peor índole que tornan sumamente tentadora para la mayoría las posesiones de la minoría, y tanto más humillante e irritadora la comparación y coexistencia cotidiana entre los extremos.

Se nos olvidó otra vez —como diría Juan Gabriel—, que el sistemita éste que tanto debemos de-

fender si queremos seguir siendo patriotas, produce repartos desproporcionados y consiente garruñas a discreción y que, según entendíamos, estaba aquí para moderar las tensiones y tentaciones entre tanto pobre y tan pocos ricos. Que mediante sus artes poco ortodoxas se tuvo siempre que redistribuir algo, repartir después o disimular al rato, al margen de derechos y competencias, chicaneando con la justicia social a través de mecanismos claros y oscuros, pero reconociéndola como un ingrediente de la convivencia pacífica y más o menos ordenada, que se acompañaba con los riesgos de los más nefastos vicios, del agandalle y la manipulación. Se nos olvidó otra vez que ésa era la condición funcional —que no la virtud— del estado paternalista en países como los nuestros.

Y aunque semejante modelo nunca fue lo ideal, era posible y efectivo para objetivos más que económicos, como el mantener una paz más espontánea. Era pues, un tipo de realismo también, dígalo si no todos los que pudieron vivir de él, un tipo de realismo premoderno que luego se descubrió ficticio ¡para otros! Había sonado “la hora de los cambios estructurales” . . .

Así fue como se acabó el paternalismo con sus malas y sus buenas razones. Ahora sólo queda una minoría aislada y opulenta y un pueblo con destino delincuente.

La conclusión es muy antigua: A falta de repartos moderadores: Policía, represión, droga, murallas residenciales, casetas de vigilancia, horarios de seguridad, reprivatización forzada de la vida individual y pérdida de la maravillosa libertad que con todo esto estábamos defendiendo. ¡Entiéndanlo ustedes, modernizadores!

Esta es la fórmula moderna de la *paz obligada*, no el individualismo libre, sino el individualismo y el aislamiento forzados.

Para acceder al resultado gratificador de esta nueva estrategia, sólo se nos solicita orden, resistencia, aguante, paciencia y fe en los especialistas.

Tres características permiten identificar el proyecto de la modernización lineal y excluyente: a) el *monotecnismo acrítico*, b) la verticalidad autoritaria y c) el *expertismo elitista*. Sin faltar el cuarto rasgo que debemos llamar: la reordenación de la economía mundial y la redefinición de las relaciones del capitalismo internacional y del socialismo. 